

# María Teresa León: la intrahistoria con alma de mujer

Isabel Marcillas Piquer

Quand sera brisé l'infini servage de la femme, quand elle vivra pour elle et par elle, l'homme –jusqu'ici abominable–, lui ayant donné son renvoi, elle sera poète, elle aussi! La femme trouvera de l'inconnu! Ses mondes d'idées différeront-ils des nôtres? –Elle trouvera des choses étranges, insondables, repoussantes, délicieuses; nous les prendrons, nous les comprendrons.

A. RIMBAUD (*Lettre du vident*)

## I. MARÍA TERESA LEÓN: BREVES NOTAS BIOGRÁFICAS (LOGROÑO, 1903 – MADRID, 1988)

Comenzar un estudio literario aludiendo a la vida del autor o autora cuya obra se pretende analizar tal vez pueda parecer al público lector una tarea banal e incluso, en ocasiones, sobrerá. No obstante, es ésta una de esas ocasiones en las que referirse a la vida de una mujer que dedicó su talento a la literatura y sus esfuerzos a la defensa del género femenino, no está en absoluto de más, sobretodo si tenemos en cuenta que debemos situarnos en aquella España de principios del siglo XX, todavía anclada en el pasado y necesitada de una amplia regeneración, esa España cuya *intrahistoria* nos relatara magistralmente Unamuno y que, de alguna manera, reformula María Teresa León en sus relatos.

Resumir en pocas líneas la vida y la obra de María Teresa León es una tarea difícil, ya que, fue una mujer altamente activa, luchadora y defensora de la causa feminista, a demás de prolífica en su tarea literaria. La familia Menéndez Pidal-Goyri fue para Maria Teresa la fuente de inspiración literaria que la acercó al ambiente intelectual ampliamente contrapuesto a los aires militarizados y provincianos de su propia familia. Hija de un alto militar, no dudó en rebelarse contra las convenciones puritanas que imperaban en la sociedad burgalesa que la había visto crecer. Casada a los dieciséis años, su matrimonio fue un fracaso del que le quedaron dos hijos a quienes a penas le permitieron ver. Esta terrible experiencia marcó, sin duda,

muchos de sus relatos, a pesar de que, todavía joven, con veintisiete años, conoció a Rafael Alberti, con quien inició una nueva vida y compartió el resto de sus días. En cuanto a su actividad literaria, ya en 1924 destacan sus primeras colaboraciones en el *Diario de Burgos*, donde escribe bajo el pseudónimo de Isabel Inghirami, heroína de Gabriel d'Annunzio; en estos momentos ya es remarcable su defensa de la mujer y de la cultura. A partir de 1928, fecha en que aparece su primera novela, *Cuentos para soñar*, se suceden las publicaciones literarias, entre las que destacan: *La bella del mal amor*, *Cuentos castellanos* (1930), *Rosa-fría, patinadora de la luna* (1934), *Cuentos de la España actual* (1935), *Contra viento y marea* (1941), *Morirás lejos* (1942), *La historia tiene la palabra* (1944), *Las peregrinaciones de Teresa* (1950), *Juego limpio* (1959), *Fábulas del tiempo amargo* (1962) y *Memoria de la melancolía* (1970).

Interesada también en el teatro, escribió, dirigió e incluso interpretó textos dramáticos. Este amor por el teatro la llevó a participar intensamente en la actividad de las Guerrillas del Teatro del Ejercito del Centro. Por otro lado, durante los años que permaneció exiliada en Argentina, junto con su esposo Rafael Alberti, su capacidad polifacética le permitió también escribir adaptaciones cinematográficas y realizar programas radiofónicos dirigidos principalmente al público femenino.

Antonina Rodrigo (1996, 93) adjetiva así el estilo de María Teresa: «En la esplendida prosa de María Teresa, tersa, fluida, luminosa, apasionada, se trasluce la exquisitez de su lírica». Ciertamente, a lo largo de su trayectoria literaria, María Teresa va configurando un estilo propio, que culmina con su obra *Memoria de la Melancolía*, donde el pasado y el presente de la autora se interrelacionan y matizan la personalidad que le es inherente y que se corresponde a una individualidad femenina con voz propia.

De María Teresa León se dice también que es, junto con *Pasionaria* una de las mujeres más comprometidas y populares de nuestra guerra (RODRIGO: 1996, 110). No dudó en vestir el mono de miliciana recorriendo los frentes, dando mítines,

exhortando a los soldados e incluso colaborando en la Junta de Defensa y Protección del Tesoro Artístico Nacional.

María Teresa León responde pues a ese ideal de “nueva mujer” que preconizaba la España republicana durante los años de nuestra cruenta guerra, se trataba de una mujer

independiente y emancipada, que debía contribuir al esfuerzo bélico en la misma medida que los hombres, mientras que en la España nacional el modelo de mujer que se defiende es el de la mujer sumisa y abnegada que se pliega a los dictados del futuro Estado franquista, y obedecía sin resistencia a las normas establecidas por la sección femenina y por la Iglesia católica. (MORCILLO: 1988)<sup>1</sup>

María Teresa demostró con su actividad tanto su posicionamiento político como la importancia del papel de la mujer en la sociedad. El 6 de marzo de 1939, abandonó España, junto con su esposo, con quien inició así un exilio que duró 38 años, hasta el 27 de abril de 1977.

Pero a pesar de la distancia, María Teresa no olvidaba la España de su infancia y juventud, así como tampoco esa guerra que sirvió en múltiples ocasiones como marco a sus relatos, relatos en los que el lirismo de su prosa se mezcla a menudo con la denuncia de situaciones reprobables, como la falta de cultura del pueblo español y la condición social de la mujer, frecuentemente mutilada, por una sociedad patriarcal, en su capacidad y derecho a ser por y para ella misma.

## II. JUSTIFICACIÓN

Se dice de María Teresa León que el término *femme de lettres* recoge bien su dedicación por la literatura, al tiempo que no olvida hacer hincapié en su condición de mujer (CELMA: 2003, 147). Es importante tener en cuenta esta condición femenina, tanto más si situamos a la autora en una época en la que las mujeres a penas acababan de acceder al bachillerato durante la primera década del siglo, y en la que el número de mujeres universitarias en España era poco menos que irrisorio.

---

<sup>1</sup> Citado a través de Elisa GARRIDO (ed.), et al. *Historia de las mujeres en España*, Madrid, Síntesis, 1997, pág. 516.

La lucha de las mujeres por ganar posiciones en la sociedad acababa prácticamente de iniciarse y para muchos todavía resultaba curioso, e incluso extravagante, pensar en el género femenino como instigador de cualquier cambio social fuera de los límites del hogar. Sin embargo, a pesar de las condiciones adversas en las que todavía se hallaban sumidas las mujeres, María Teresa supo hacer uso de la literatura, no solamente para ofrecernos brillantes retratos de personajes que poblaban lo que podríamos llamar la intra-España de su época, sino también para denunciar las injusticias a las que se veían sometidos los más débiles; todo ello, siempre, bajo una mirada de mujer, una mirada sensible, atenta al mundo interior tanto o más que al mundo exterior de sus personajes, porque éstos no son más que el reflejo de lo que ella misma vivió y de todo aquello que consideraba necesario mejorar.

Indudablemente María Teresa León fue una mujer de carácter fuerte, con un talento versátil que supo enfocar hacia la denuncia de situaciones de desigualdad provocadas habitualmente por la diferencia de género. A lo largo de su producción literaria, María Teresa siempre demostró una clara conciencia de mujer que la hermanaba con todas las integrantes de su género. La manifestación de dicha conciencia la llevó con el paso del tiempo, a universalizar literariamente su nombre, a convertirlo en el representante de la multiplicidad de mujeres con las que se sentía hermanada; diferentes *Terasas* que se unían en una, dando vida a una voz femenina, plural pero única. Una voz que siempre aceptaba el reto de una sociedad patriarcal opresora, y le hacía frente, con sus miedos y con sus dudas, pero siempre con fortaleza. Este sentimiento de hermandad que nos ofrece María Teresa, asociado al género femenino, género enfrentado ancestralmente a una opresión generada por una educación –o falta de educación– de carácter patriarcal, es la que me ha motivado a estudiar en estas páginas dos de los cuentos que integran *Las peregrinaciones de Teresa*, obra editada en Buenos Aires en 1950.

Como bien afirma Torres Nebrera (2003, 73), esta obra

ya cuenta con algo que va a ser clave en toda la literatura de María Teresa, la reviviscencia literaria de los recuerdos, la indagación de la

memoria personal, recreándose, en ocasiones a sí misma, a través de personajes escasamente alejados de ella que, como en esta ocasión, adoptan –como casos comparables y equiparables de una misma realidad– el nombre de Teresa.

El “Esplendor de Teresa” recrea un relato realmente amargo y punzante que no puede dejar indiferente la sensibilidad del lector. Hermosa y dramática historia de amor, situada en el marco de la Guerra Civil española –a pesar del exilio de la autora–, narra con desgarro y paradójicamente, con sencillez, el ambiente de violencia y represión de la guerra. Lucas y Teresa son los protagonistas, aunque la autora focaliza la historia principalmente desde la óptica femenina de Teresa. Las palabras con las que María Teresa León introduce la historia son verdaderamente reveladoras del conocimiento de la identidad femenina de la mujer rural, educada en el convencimiento de una supuesta insignificancia inherente a su género y en la dependencia de lo masculino para sentir la propia existencia:

No se llamaba más que Teresa. El apellido no habían tenido tiempo de pensarlo. Pero llamarse Teresa es ya mucho cuando se vive esperando que alguien nos llame: ¡Teresa! ¿Qué? ¿Me llama alguien? ¿Lucas, estás ahí? No, por la calle no pasaba nadie.<sup>2</sup> (Pág. 293)

Con estas palabras destaca la autora el anonimato en que vive la mujer rural, carente de una identidad propia y, sin embargo, poseedora de una enorme fortaleza moral.

El detonante de la situación de soledad y desamparo en la que se encontraba Teresa sin Lucas, fue el asesinato de la Paula por unos forasteros con fusiles que llegaron al pueblo con voz de mando. Actuaban en nombre de la Nación y del Caudillo, pero nadie supo leer los bandos en los que se refería esta situación.<sup>3</sup> Lucas se marchó una noche, ella le tendió la escopeta con una frase breve, adivinando sus intenciones, sin pretender retenerle. Los hombres del pueblo vengaron la muerte de la Paula, pero fue justamente de la escopeta de Lucas de donde salieron los cuatro tiros que

---

<sup>2</sup> A partir de ahora me referiré a la siguiente edición: LEÓN, María Teresa, *Fábulas del tiempo amargo y otros relatos*, Madrid, Cátedra. 2003.

<sup>3</sup> María Teresa León denuncia con asiduidad en su obra la situación de analfabetismo en la que se hallaba sumido el pueblo. El analfabetismo se erige en estas ocasiones como uno de los causantes principales de los males que padece tanto la sociedad rural como el proletariado urbano. En este caso no se defiende, pues, una cuestión de género sino un derecho, el de la educación, que debiera ser prioritario para cualquier ser humano.

acabaron con la vida del jefecillo que había ordenado la ejecución de la Paula. Los hombres huyeron y Teresa permaneció en su casa, sola, hasta que la milicia la sacó de allí, desnuda y a punta de fusil. Es así como Teresa se convirtió en reclamo para la caza de Lucas y no pudo hacer nada más que esperar, como la había hecho siempre.

Me resulta muy interesante la actitud de espera femenina remarcada por la autora; de alguna manera circunscribe con ello el ámbito femenino a la pasividad y a la sumisión a las decisiones tomadas por aquellos que forman la parte activa del mundo, el género masculino. Los roles genéricos perpetuados socialmente adoptan así una serie de binomios que condicionan las actitudes de ambos géneros, se trata de oposiciones como actividad/pasividad o decisión/obediencia, en las que la mujer ostenta siempre la situación de subordinación.

La espera que le es impuesta mientras sirve de reclamo propicia a Teresa la oportunidad de meditar sobre el valor de su vida, pero nuevamente el sentimiento de insignificancia, de anulación, anclado en ella como representante del género femenino, hace su aparición: «¡Ay, Dios, que no venga! Lucas era capaz de aparecer. ¡No, por favor! ¿Para qué iba a cambiar su vida por la insignificante existencia de Teresa? [...]. ¡Una mujer es algo tan ignorante!» (pág. 296). Pero a pesar de la connotación negativa que supone el menosprecio hacia el propio ser, es inevitable observar en el comportamiento de Teresa una innegable capacidad de entrega y sacrificio que se considera con asiduidad inherente a la condición femenina.

De pronto, la guerra y el cautiverio de Teresa dejan de tener un papel prioritario en la narración, parece como si simplemente hubieran servido de excusa a su autora para hurgar en el fondo de los personajes, para revelarnos aquella historia íntima que late en el interior de cada ser y que configura una historia paralela a la de los acontecimientos reales. Teresa se desviste interiormente para el lector/a y se descubre como una mujer necesitada de amor. El silencio se había erigido como el invitado principal de su relación amorosa, y los sentimientos nunca se habían

recreado en palabras de amor de Lucas hacia Teresa, como tampoco los recrearon los anteriores hombres de la familia con sus mujeres. Se descubre así otro de los binomios que establecen las diferencias entre ambos géneros, el silencio y la palabra, relacionada esta última con la necesidad femenina de afectividad, con el mundo de la emotividad y los sentimientos.

Con todo, a pesar de las bipolaridades genéricas que se han ido apuntando a lo largo del relato, la conciliación entre ambos géneros llega a través del amor, sentimiento que no permite a Lucas dejar morir a Teresa a cambio de su vida pese a la insistencia de sus compañeros: «Te prohibimos que entregues tu vida por la de Teresa. ¿No entiendes? Una mujer es un poco de humo en nuestro incendio» (pág. 218).

El reencuentro de los amantes, bajo la vigilancia de los soldados, se produce en el silencio, un silencio cargado de emotividad, con mayor peso que las mismas palabras: «Y no tenían nada que decirse porque nunca se habían dicho nada. ¿Para que hay que hablar a las mujeres de las cosas de los hombres?» (Pág. 299). Estas afirmaciones parecen corresponderse al sentimiento de ambos, hombre y mujer, reafirmando así una relación basada en el silencio, en una comunicación tácita que acepta y asume aquellos roles perpetuadores de comportamientos que denostan la condición femenina pero que, a pesar de todo, parecen no impedirles el amor mutuo.

El dramático desenlace del relato, la situación límite que viven los amantes, a punto de ser fusilados, provoca la emergencia de los sentimientos que cotidianamente se tienen olvidados, el abrazo, el beso y, finalmente, el paradójico *Esplendor de Teresa*, porque en el momento mismo de su muerte conocen ambos el verdadero amor.

Contrariamente a lo que sucede en otras narraciones de la autora, como es el caso de *La bella del mal amor. Cuentos castellanos* (1930), obra de la que algunos estudiosos han sugerido que por las páginas del primer relato aletea el alma infeliz y desengañada de su autora, herida por la misma desgracia, el mal amor (CARAZO:

2003, 143), el final de “El esplendor de Teresa”, tremendamente dramático y humano, se contrapone a ese mal amor causante de la infelicidad de muchas mujeres. La conciliación de los sexos se hace patente, sin rencores, y la complementariedad, la necesidad mutua, funde en un abrazo eterno a los amantes; un cambio de perspectiva que, sin duda, puede relacionarse con la complementariedad y el amor de María Teresa León hacia su segunda pareja, Rafael Alberti; de esta manera, una vez más, se produce en la obra de nuestra autora la simbiosis entre literatura y vida.

Por último, no quisiera concluir esta aproximación a “El esplendor de Teresa”, sin destacar las palabras finales de su protagonista «¿Tú sabes por qué vamos a morir? ¡Qué pena que ya no tengas tiempo de explicármelo!» (pág. 301), de nuevo el deseo de conocimiento se evidencia incluso al final de la vida de Teresa. Con ello, la autora une hábilmente la vertiente social y reivindicativa de su obra, el derecho y la necesidad de la educación, con la vertiente sentimental, el anhelo de amor de la protagonista, colmado finalmente por aquel que ha sido el compañero de su vida.

En “El diluvio de Teresa”, Teresa, la protagonista, es reflejo nuevamente de la insignificancia en la que, con asiduidad, vive sumido el sexo femenino. Es una Teresa que pasa por la vida de los demás casi sin que estos se aperciban de su presencia; nadie la desea y su vida está llena de «diminutos problemas personales» (pág. 283), forma explícita y hábil de resumir en pocas palabras el mundo de una mujer: interior, personal, contradictorio o insatisfactorio y, como no, insignificante fuera de sí misma.

Después de una vida dedicada al cuidado de familiares que habían ido falleciendo, Teresa decidió casarse, pero su discreción era tan desmesurada que nadie supo nunca sus intenciones. Teresa acudió al confesor y éste, sabiéndola rica, le buscó un candidato disfrazado de buhonero, su sobrino. Teresa pronto descubre el engaño y, de repente, aparece frente al lector como una mujer inteligente, observadora y ardiente de deseo: «Teresa miraba los pantalones de velludillo, la chaqueta montuna, la avidez del cuello entreabierto saltándole los botones de la camisa y olfateó algo



indefinible entre engaño y varón.» (pág. 285), por eso, cuando el mozo lo intenta, ella se deja besar, aunque después abofetea al falso buhonero.

María Teresa León nos presenta así una nueva imagen de la mujer, aquella que perteneciendo a una clase social media, no ha vivido miserias, pero al igual que el resto de su género, ha permanecido en el anonimato al servicio de los demás. Cuando considera que ha llegado el momento de pensar en ella misma, aviva su inteligencia y el deseo que ha mantenido acallado durante tanto tiempo.

Teresa es comparada a Jimena Gómez, referencia a la esposa de Rodrigo Díaz de Vivar, modelo de mujer voluntariosa y decidida y con un profundo sentido de la propia dignidad frente al varón.<sup>4</sup> Este hecho supone también un giro en la imagen de la mujer que en obras anteriores nos ha ofrecido la autora; por una parte, la protagonista es consciente de la superioridad de su posición social frente a la del joven y, por otra, se convierte en defensora de la propia dignidad obligando al cura a casarla con su sobrino, el falso buhonero. En este relato, pues, la mujer no necesita de una decisión masculina que la dirija, ella es capaz de orientar su vida. El título de la narración, “El diluvio de Teresa”, representa metafóricamente la imagen plástica del monólogo que la protagonista mantiene con el cura, a quien no deja hablar y a quien, incluso, se permite criticar: «Pues... no me interrumpa, padre Cosme, que bastante me corta las confesiones empeñándose en que son pecados veniales y no le interesan.» (Pág. 286).

Sin duda, Teresa, en su «diluvio», decide rebelarse frente a la insignificancia que se ve obligada a ostentar durante el día y decide quitarse la máscara impuesta por las convenciones. Cansada del rol de mujer abnegada y discreta que le obliga a mantener el estatus de decoro determinado por una sociedad patriarcal, está dispuesta a demostrar que dentro de ella existe una Teresa que sabe imponerse, un *yo* que se corresponde a su propia personalidad, fuerte y decidida, aunque durante años se haya visto obligada a ocultarlo. Dice así nuestra protagonista:

---

<sup>4</sup> Véase nota al pie de TORRES NEBRERA en “Introducción” a María Teresa León, *op.cit.*, pág. 286.

es que por la noche yo estudio un diccionario de blasfemias y ordinarieces para castigarme por mi insignificancia diurna. De día soy la pobre Teresa y de noche, el sargentón de Teresa. Echando chiribitas me paseo ante el espejo de luna, le grito, no me responde y a la mañana siguiente mi imagen alborotada se ha borrado, las palabras se han desvanecido y la pobre Teresa sale a la calle con sus tres docenas de palabras santificadas por la honesta costumbre, aceptadas en los vocabularios elegantes, sancionadas por el prestigio de la gramática. Pero hoy se soltó el freno, la noche se hizo día, lo contrario del día del diluvio, y comenzó el diluvio de Teresa. (Pág. 287)

Del resto del monólogo destacaré la profunda crítica que, dedicada al párroco del pueblo, se hace extensiva a la Iglesia como institución en general. Tanto la referencia a la ruptura del secreto de confesión como la alusión al deseo de posesión material por parte del cura, aunque esto se consiga mediante el engaño a una feligresa, suponen un duro ataque a los valores morales que la Iglesia defiende; se trata, por tanto, de una denuncia de la hipocresía que rige, como norma general, el comportamiento humano; una denuncia formulada por una mujer a pesar de toda la insignificancia con que la sociedad ha revestido a su género.

Por otra parte, el texto hace extensiva la animalización que frecuentemente sufren los protagonistas, considerados más débiles, de la obra de María Teresa León, a la animalización de aquellos que ostentan el poder; en este caso, la Iglesia en particular y el género masculino en general. Así es como Teresa pasa de ser calificada por ella misma de «corderillo fácil» o «burra mansa» a «potranca vieja sin desbravar», mientras que el cura y el sobrino aparecen descritos como «rocines en yunta», en esta ocasión irónicamente manipulados por una mujer.

En las últimas líneas del relato, la autora no desaprovecha la ocasión para formular una nueva crítica social y dice así: «Al buen párroco se le extraviaban los ojos mirando aquella pareja extraña que tendría que bendecir en una nación sin divorcio» (pág. 291). En pocas palabras María Teresa León enlaza la situación que plantea en su relato con la situación social española, aunque en esta ocasión, lejos de las tintas de amargura, de dolor, que la han caracterizado en otras narraciones, observamos un fino toque de ironía y casi de humor, porque, a pesar de todo, la Teresa del relato ha tomado las riendas del asunto.

### III. CONCLUSIÓN

Pese a que he analizado dos relatos muy distintos en cuanto al tono con el que están expresados, amargura y dolor en el primero, ironía y humor en el segundo, ambos nos ofrecen algunas constantes, bien de la situación social de la mujer, bien de aquello que se sobreviene en su fuero interno.

En ambos casos, la mujer vive en un ambiente de entrega, entrega al esposo, pero también entrega a los parientes que padecen enfermedades y requieren ayuda. La espera, la paciencia, se muestran como armas de lucha, estandartes que el género femenino sostiene ante la sordidez de la cotidianeidad y el encierro en el hogar. Como resulta inevitable, el hombre se erige, por una parte, como representante del mundo exterior, de la fuerza, concentrada en el primer relato analizado en el fusil que Teresa tiende a Lucas antes de verle desaparecer en la noche. En otras ocasiones, el hombre simboliza el poder, no sólo en el conflicto bélico que enmarca el “Esplendor de Teresa”, sino también en el poder ostentado por la Iglesia en “El diluvio de Teresa”.

La crítica social, la voluntad regeneradora de la autora, se hace evidente en ambos casos. La Teresa que vive su esplendor al final de su vida, clama hasta el último momento su deseo de conocimiento, su necesidad de saber: primer paso éste en el camino de una España más abierta al exterior, más actual y dinámica y más justa para todos.

Junto a la Teresa que denuncia, nos encontramos aquella otra que tiene capacidad y voluntad de cambio, aquella que pasa de ser considerada una mujer sin virtud a manifestarse soberbia, voluntariosa e imponente. Sin duda alguna las protagonistas de María Teresa León evolucionan, manifiestan su fortaleza y son capaces de conseguir lo que quieren; es ésta una condición para que evolucione también esa España anclada en el pasado, en convenciones sociales obsoletas, en leyes injustas que desfavorecen al débil y en creencias que coaccionan la voluntad.

Ciertamente María Teresa León eleva su nombre a la condición de símbolo, no por egocentrismo, claro está, sino para demostrar su comprensión y su admiración hacia aquellas mujeres que, viéndose social, e incluso familiarmente, desfavorecidas luchan todos los días por cambiar las cosas.

Isabel Marcillas Piquer  
Universidad de Alicante  
Mayo 2007

## **BIBLIOGRAFIA**

### **Bibliografía de la autora**

LEÓN, María Teresa (2003), *Fábulas del tiempo amargo y otros relatos*, ed. de Gregorio Torres Nebrera, Madrid, Cátedra.

### **Bibliografía crítica**

CARAZO, Jesús (2003), “Una aproximación a *La bella del mal amor*”, en Gonzalo Santonja (ed.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, pp. 139 – 146.

CELMA, M<sup>a</sup> Pilar (2003), “El compromiso de una *Femme de lettres* en los *Cuentos de la España actual*”, en Gonzalo Santonja (ed.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, pp. 147 – 154.

RODRIGO, Antonina (1996), *Mujeres para la historia. La España silenciada del siglo XX*, Madrid, Compañía Literaria, pp. 89 – 125.

TORRES NEBRERA, Gregorio (2003), “Introducción” a María Teresa León, *Fábulas del tiempo amargo y otros relatos*, Madrid, Cátedra, pp. 11 – 95.